

# Y nosotras, solas

JOKIN BILDARRATZ SORRON

PORTAVOZ DEL GRUPO VASCO EN EL SENADO (EAJ-PNV)

El autor reconstruye la historia de sufrimiento de dos familias contra las que atentó ETA. «Si yo pusiera una pancarta en favor de las víctimas, me comerían. No podemos expresar lo que sentimos»

La soledad es un lugar desierto. Este es el sentimiento que me embarga tras hablar con dos víctimas directas del terrorismo de ETA. No han llegado a conocer lo que ocurrió. No pueden entender por qué ocurrió. Tras aquel atentado se les resulta imposible olvidar, se sienten solas.

No es la primera vez que hablo con ellas. Escuchas, respondes, entiendes sus silencios, compartes sus sentimientos... pero hay un momento en el que la conversación acaba y ellas vuelven a sentir el lugar desierto que les habita después de que la sinrazón atentara contra la vida de sus seres más queridos.

Recuerdan aquel momento como un flash, un fogonazo imborrable: «Mi cuñada me llamó para decirme si había oído que había habido un atentado donde trabajaba mi marido. No sabía nada más, así que llamé a la empresa y me confirmaron que era uno de los afectados y que se lo habían llevado al hospital; llamé, pero solo me dijeron que fuera allí. Me llevó mi padre; al llegar, el director nos dijo que tenía malas noticias: que había muerto. Así de frío fue».

El la al teléfono sola. Temiendo lo peor. Llamando, escuchando, preguntando. Siento el frío, siento su soledad en aquel momento fatídico en el que cambió su vida. Siento también su desolación y la de su padre en un trayecto interminable que hoy continúa, sin duda.

Los familiares tratan de ayudar, improvisan recomendaciones ante una situación incomprendible: «Yo estaba trabajando y mi padre oyó la noticia; llamó a mi lugar de trabajo para decir que había pasado algo y que no me dejaran entrar en internet ni nada; vino a buscarme, pero no tenía información, porque la Ertzaintza no podía dársela. Me llevó a Donostia sin encender la radio, pero mi hermano me llamaba una y otra vez diciendo que era él. No sabemos nada más». Afortunadamente, esta vez el desenlace no fue fatal.

Las muestras de apoyo fueron numerosas entonces, pero la solidaridad, el acompañamiento, duraron poco; en su recuerdo, solo el tiempo que transcurrió hasta el siguiente atentado: «Nos llamaron de muchos sitios, de televisiones, vinieron a casa, nos explicaron lo que teníamos que hacer: el funeral a esta hora, dónde se sentaría cada uno, vendrán este y aquel... Al finalizar, nos llamaban pocas personas, para el resto estábamos como olvidadas».

La vida sigue. La vida familiar ha sufrido un cambio radical; tratan de saber y comprender algo que es muy difícil de explicar: «Nuestra hija tenía 10 meses. Nunca ha preguntado directamente qué le pasó a su padre, qué sentí... Pero lo ha oído desde pequeña y se ha enterado de todo. Ahora tiene 16 años y tal vez es tiempo de hablar, pero no he querido insuflarle odio. No he querido que tuviera problemas con la gente. Es muy difícil de explicar».

Solo ellas pueden comprender la profundidad de los sentimientos que relatan y que recrudescen su sufrimiento: «Un día, en Villabona, al ver fotos de presos en la calle, mi hijo me dijo: 'sácame una foto y pongámosla también'. Pensé de todo, pero ¿cómo

se lo explicas sin generar odio? No supe cómo hacerlo. El mayor me contó que un compañero le dijo que si es verdad que a su padre casi le mata una bomba de ETA, y que como su tío es de ETA, algún día conseguiría matarle. Vino completamente bloqueado. Hace meses, un profesor les estuvo hablando de ETA y el niño se levantó y dijo, 'a mi padre, ETA le puso una bomba', debió de empezar a llorar... No sé hasta qué punto lo entiende».

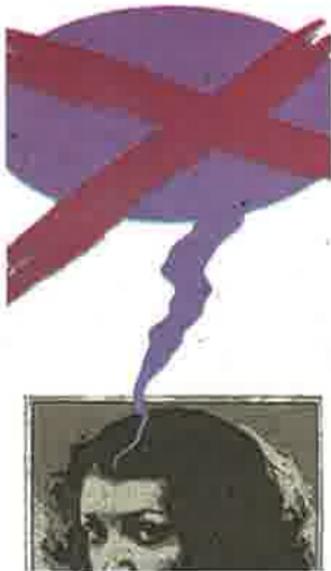
El dolor y el sentimiento de incompreensión y soledad es absoluto: «Lo hemos tenido que hacer todo nosotros, no hemos tenido ningún tipo de ayuda. Ni nos informaron de qué murió, nos enteramos por nuestros medios. Nos dicen que es imposible, pero es que nadie vino a decirnoslo. Los papeles de viudedad los hice yo. Me di cuenta que estaba fuera de todos los grupos. No tenía que ver con ninguno. Todos tenían su ayuda: unos, la de su partido; la Ertzaintza, del Gobierno Vasco... Y nosotras, solas. ¿Quién nos va a ayudar?».

Más incompreensión, más desolación, más sentimiento de soledad: «Al principio nos trataron mal; ¡que nunca habían tenido un caso así! Una cosa es lo que te dicen y otra lo que te dan de verdad. Como no fui por un grupo, o por un sindicato, no conseguí nada. Todavía sentimos esa soledad. A nosotros no nos han dado la consideración de víctimas; nos consideran 'no víctimas'. En nuestro caso, como no murió, nadie vino a casa. No murió, pero las secuelas son 'infinitas'. Nadie nos llamó, no hay ayudas, no hay nada. Nada».

La mirada al futuro tampoco es reconfortante, el recorrido es y será largo, muy especialmente para quienes no quieren reconocer la evidencia: «Unos salen de la cárcel por enfermedad y les hacen homenajes, como si hubieran hecho algo; ponen una pancarta en el balcón a favor de los presos y no pasa nada. Si yo pusiera una en favor de las víctimas de ETA, me comerían. No podemos expresar lo que sentimos».

Escucharles se hace reflexionar, mi deseo y esperanza al transcribir sus palabras es que nos sirvan a todos, muy especialmente a quienes mantuvieron, y en ocasiones mantienen, una distancia insensible con el sufrimiento de estas víctimas: «Hablan de democracia, de libertad de opinión, pero eso no es así. Ellos pueden hablar en alto y el resto no; en el trabajo, unos hablan y otras callamos para tener la fiesta en paz, porque si no no nos hablaríamos más. Eso existe y existirá. Llevamos años viviendo con eso y lo vas tragando. Yo les respeto, pero ellos a mí, no».

Estas palabras reproducen sus propias palabras. Son voces que gritan en silencio, reclaman reconocimiento, respeto y solidaridad. Trasladan el pesar y la melancolía sin límite ni fin que sienten quienes un día sufrieron la muerte de un ser querido y a partir de entonces viven con esa ausencia. La narración de estas palabras tiene por objeto mostrarles solidaridad, adhesión a su causa. Están escritas con el deseo de convertir la ausencia en presencia, habitar el lugar de la soledad con nuestra solidaridad.



JOSEHARI ALEMÁN AMUNDARAIN